

EL SUEÑO DE
ZARAGOZA



CUENTO: GABRIEL CONTRERAS ILUSTRACIONES: LUIS, EL CARTÚN, PÉREZ

COORDINACIÓN EDITORIAL

Carolina Farías

CUIDADO EDITORIAL

Carolina Farías

DISEÑO

Florisia Orendain

Primera edición, 2010

D.R. © 2010 Fondo Editorial de Nuevo León

D.R. © 2010 Textos: Gabriel Contreras

D.R. © 2010 Ilustraciones: Luis, El Cartún, Pérez

COEDICIÓN

Fondo Editorial de Nuevo León

Secretaría de Educación Pública

ISBN 978-607-7577-46-1

Impreso en Monterrey, México



FONDO EDITORIAL
DE NUEVO LEÓN

Zuazua 105 Sur, Centro
C.P. 64000, Monterrey, N.L., México
(81) 8344-2970 y 71

www.fondoeditorialnl.gob.mx



Nuevo
León
Unido

Gobierno para Todos

Secretaría de
Educación NL

EL SUEÑO DE
ZARAGOZA



CUENTO: GABRIEL CONTRERAS ILUSTRACIONES: LUIS, EL CARTÚN, PÉREZ

EL NIÑO SOLDADO



En 1829 nuestro país era grandotote. Buena parte del territorio que hoy pertenece a Estados Unidos era propiedad de México. Un 24 de marzo de ese año nació Ignacio Zaragoza, en un pueblito de Texas de apenas 695 habitantes que se llamaba Bahía del Espíritu Santo.

Su papá era soldado, la milicia era su vida. Desde pequeño entrenó a su hijo en el manejo de la bayoneta y la lógica de la espada. El niño disfrutaba las largas horas que pasaba con su papá Miguel.

Nacho fue un niño igual que todos. Sin embargo, guardaba un secreto: veía el mundo de una manera especial.



Él pensaba que esto era normal y nada decía. En aquel entonces nadie había notado que no veía bien.

Cuando finalmente detectaron el problema, empezó a usar anteojos. Esto era algo inusual para un niño de su época, y pronto sus compañeritos de la escuela se burlaron de él llamándolo Nacho Antejos.

En clase lo azuzaban robándole la pizarra, escondiéndole los anteojos y preguntándole con tono socarrón: “¿A que no adivinas quién fue?”

Sin sus lentes Nacho sólo veía un montón de manchas deformes. No le quedaba otro remedio que llorar. Así que lloraba y lloraba llamando a su mamá, Teresa Seguí.



Cuando el maestro se acercaba, los niños fingían interés. Le decían: "Aquí tienes, querido amigo. No andes perdiendo tus anteojos tan seguido".

Nacho entendía que ésta era otra manera de burlarse de él.

Y lloraba con más ganas... Le hubiera gustado ser valiente y bueno para pelear. Pero era muy flaquito. Y sin sus lentes veía muy mal.



En México las cosas no iban bien. Aunque el país acababa de convertirse en una nación independiente, las luchas y los intereses de grupos separaban a la nación.

En Texas, por ejemplo, habitaban apaches, comanches, anglos, mexicanos y uno que otro franciscano. Todos andaban a caballo, en carreta o en diligencia. Cuando querían comer iban al río a pescar con arco y flecha.

Para comunicarse, los texanos usaban palomas mensajeras. Uno que otro escribía largas cartas con una letra muy bonita.

Nacho pasaba mucho tiempo en casa y su papá decidió comprarle una colección de soldados de plomo para que se entretuviera. Así fue como se inició en la planeación de batallas.



Y mientras él jugaba con sus soldados de plomo, en las calles surgió una guerra de verdad. La familia Zaragoza tuvo que irse de Texas.

Al verlos partir, ninguno de los habitantes de Bahía del Espíritu Santo imaginó que aquel niño de gafas que decía adiós con la mano llegaría a destacar en el manejo de la espada y el caballo.

Aunque jamás tendría estudios militares formales, con el tiempo Nacho Anteojos vencería al mejor ejército del mundo en una de las batallas más importantes de nuestro país.

Pero antes de que les digamos el nombre de esa batalla y contra qué ejército peleó México, detengámonos un poco más en la vida de nuestro país tras su Independencia...

GUERRAS, INVASIONES Y ESQUELETOS



En sus primeros años como país independiente, México sufrió muchas invasiones. Hubo guerras y muchos esqueletos. Las calles apestaban a pólvora y sangre.

A la gente le dolía la cabeza cada vez que el pregonero llegaba con su tapanco, extendía un papelote y gritaba las noticias. Aquél era un tiempo en el que la gente no quería saber nada. Con tanta fealdad alrededor, lo mejor era cerrar las ventanas, las puertas y los ojos.

Por eso, apenas el pregonero bajaba la loma, la gente se encerraba con siete candados y se ponía un tapón en los oídos. Murmuraban entre ellos: "Escóndanse que ahí viene ese hombre con malas nuevas".



Unos pocos tenían que quedarse a escuchar las noticias. Habían perdido un caballo o necesitaban noticias del pueblo que habían tenido que abandonar.

Terminada la lectura, el pregonero pasaba el sombrero esperando obtener unas cuantas monedas. Pero el grupito se separaba en silencio, sin darle un centavo partido por la mitad.

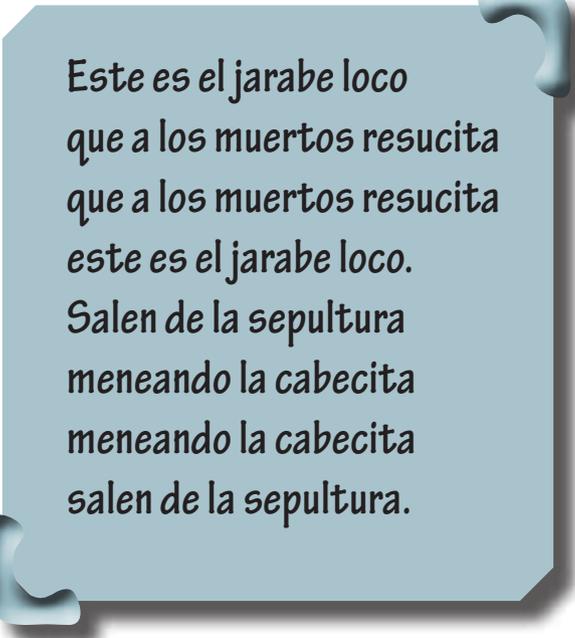
Esto era algo que el pregonero no entendía. Él hacía su trabajo lo mejor posible, con mucho cariño. Toda la información era exacta: en el país había trifulcas, rebeliones, caballos perdidos... Todo terrible, todo cierto.

Los mexicanos no lográbamos ponernos de acuerdo. Después de ser dominados muchos años por los virreyes de la Nueva España, formamos un gobierno nacional y elegimos presidente en 1824.

Su nombre verdadero era José Miguel Ramón Adauto Fernández y Félix, pero para felicidad de todos lo cambió a Guadalupe Victoria. La presidencia de Victoria fue victoriosa por cuatro años, pero para 1828 ya había riñas, destripados a media calle, duelos por tonterías.



Éramos independientes pero seguíamos discutiendo por un caballo, un perro o una palabra. México era un país bronco. Hasta las canciones hablaban de esqueletos y calaveras:



*Este es el jarabe loco
que a los muertos resucita
que a los muertos resucita
este es el jarabe loco.
Salen de la sepultura
meneando la cabecita
meneando la cabecita
salen de la sepultura.*

Este era el país por el que viajaba la familia Zaragoza y donde el pequeño Nacho Anteojos crecía.



EL SUEÑO DE ZARAGOZA



Como dijimos antes, debido a la guerra los Zaragoza tuvieron que marcharse de Texas. Viajaron hasta Vega de Marrufo, hoy Matamoros.

Entre las polvaredas de ese pueblo, el papá de Nacho trabajó un día sí y otro también. Había muchos ataques de apaches y comanches. Su misión era pelear contra ellos.

En Vega de Marrufo Nacho terminó la primaria, sufrió bromas, jugó a los soldados y tuvo sueños. En uno de aquellos sueños, se veía a sí mismo como un gran jefe militar al frente de un ejército victorioso.

- Fuego, artilleros de Guadalupe! Al galope! Aquí Berriozábal! Pronto, a la izquierda!

Soñaba con la misma batalla todas las noches. Siempre ganaba. Siempre en contra del ejército más poderoso del mundo.

Un día llegó a las manos de don Miguel Zaragoza una carta muy importante. El gobierno de México lo nombraba Jefe de la Comandancia Militar de Nuevo León. La familia comenzó a subir sus cosas a una carreta.

Otra vez era el momento de viajar.

Ignacio ya era un jovencito cuando se instaló con su familia en nuestra ciudad. Vivía con sus papás en una casa ubicada en Mina y Abasolo. La visión de aquel patio grande y limpio siempre lo sorprendió.

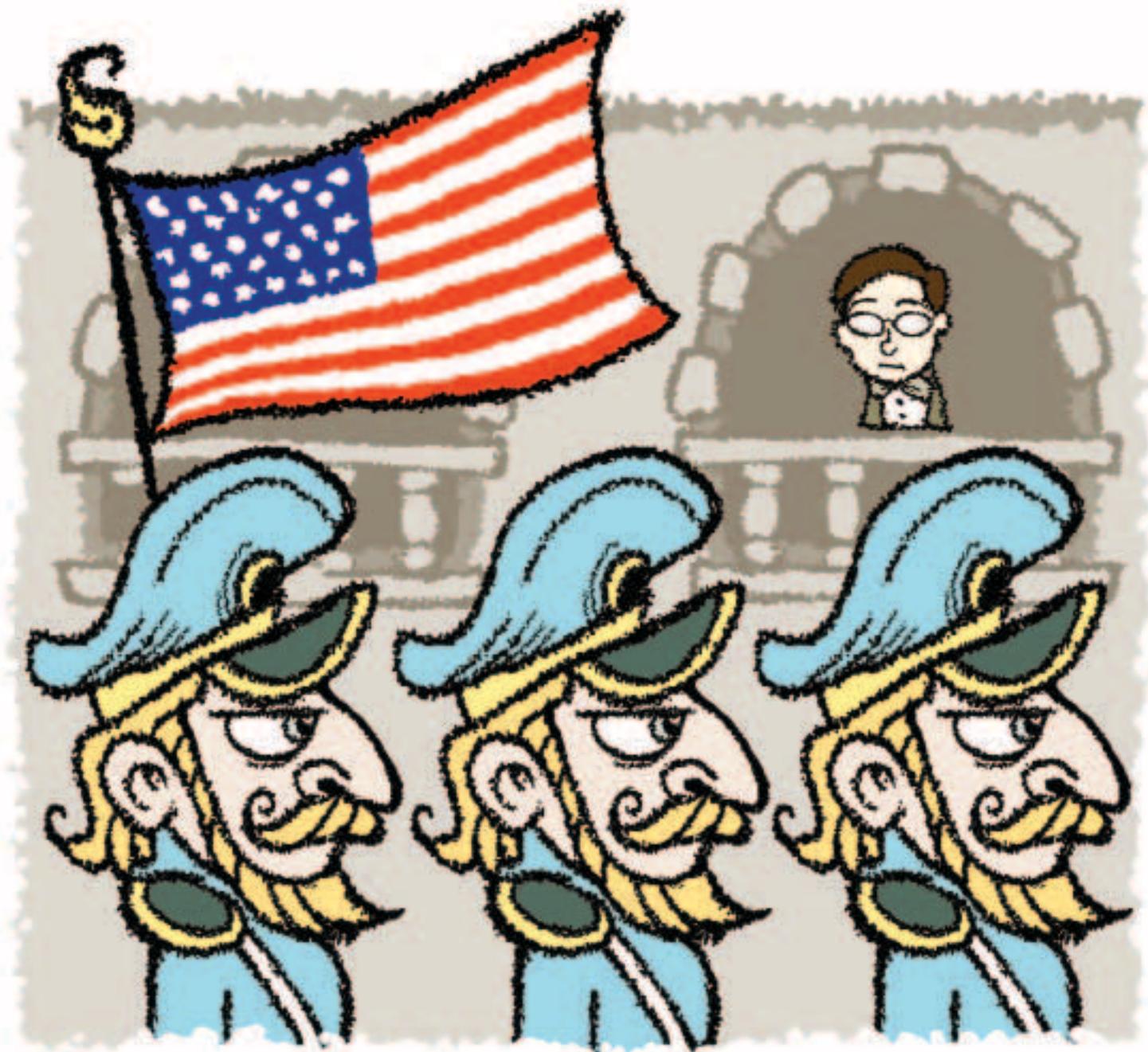




Pronto entró a estudiar al Tridentino Seminario de Monterrey. Cuando apenas estaba acostumbrándose a su nueva vida, llegó otra vez la guerra. En enero de 1846 las tropas norteamericanas se apoderaron de Matamoros. El 20

de septiembre aquellos soldados llegaron hasta el centro de Monterrey. Zaragoza los vio pasar desde el balcón. Los reconoció por el color de su piel, sus uniformes y el idioma...

-Tengo miedo, tengo miedo, -se decía a sí mismo.



Pero pudo más el valor que el miedo: Zaragoza quiso integrarse al ejército mexicano. No lo logró porque no tenía la edad reglamentaria.

Aquella guerra fue horrible. La lucha se prolongó por tres días. Cuando la ciudad finalmente se rindió, ese mismo batallón continuó su camino a la Ciudad de México, hasta que en septiembre de 1847 izaron la bandera norteamericana en Palacio Nacional.



Zaragoza siguió los detalles de esa guerra con mucho interés. Lo único que podía hacer era tener coraje y soñar.

- Fuego, artilleros
de Guadalupe!
Al galope! Aquí
Berriozábal!
Pronto a la
izquierda!

En la guerra de
1847 México perdió
el territorio de
Texas, California
y Nuevo México
frente a Estados
Unidos. Zaragoza, decepcionado, se metió a trabajar
en una tienda.

Dedicarse a la venta de naranjas, brillantina y frijol
es algo tranquilo, excepto cuando las cosas van muy
mal.





El país se volvió a meter en batallas. Había gente inconforme en Sinaloa, Durango y Yucatán. En Chihuahua había más y más ataques de indios, así que

Zaragoza renunció a la tienda y solicitó su ingreso a la Guardia Nacional de Nuevo León. Esta vez fue aceptado. Lo nombraron capitán del batallón de fusileros.

Aunque no veía bien de lejos, Zaragoza hacía dibujos en un pizarrón. Así creaba sus estrategias.

Ignacio Zaragoza se casó con Rafaela Padilla en la Catedral de Monterrey, pero no pudo asistir a su propia boda porque tenía una misión militar muy importante.



LA BATALLA DE PUEBLA



Pasó el tiempo. El gobierno de Mexico tuvo más problemas. Debido a ello, decidió suspender por dos años los pagos de las deudas contraídas con otros países.

Inglaterra, Francia y España se incorporaron. No tardaron en hacer planes para atacar a México por mar y tierra.

Tras largas conversaciones con el gobierno de Benito Juárez, Inglaterra y España se retiraron sin pelear; entendieron que la suspensión era temporal. Francia, sin embargo, insistió en atacar.

*Tres eran; mas Inglaterra volvió a lanzarse a las olas,
Las naves españolas tomaron rumbo a su tierra.
Sólo Francia gritó "Guerra", soñando, oh Patria, en vencerte,
Y de la infamia y la suerte sirviéndose en su provecho,
Se alzó, erigiendo en derecho, el derecho del más fuerte.*

MANUEL ACUÑA

El presidente Juárez decidió encargarle a Ignacio Zaragoza la defensa de nuestro país.

Poco a poco Francia se fue apoderando de algunos pueblos de Veracruz. Zaragoza se reunió con sus tropas y estudió cada uno de los movimientos de los franceses. Mientras el ejército francés desplegaba sus fuerzas en la Ciudad de México, Zaragoza se fortificó en San Juan y Loreto, Puebla.



El 5 de mayo de 1862, a las 5 de la mañana, dio comienzo la heroica batalla de Puebla. La encabezó Nacho Antejos, el niño flaquito y débil del que tanto se burlaron en la escuela.

Parecía otra persona: se había convertido en un soldado fuerte y macizo, un hombre decidido y gran estratega.



Cinco mil soldados franceses entraron en Puebla dispuestos a apoderarse de la ciudad.

Ahí, los generales mexicanos Juan Méndez, Felipe Berriozábal, Porfirio Díaz e Ignacio Zaragoza sacaron a relucir su energía al frente de un batallón menor en número, pero mayor en coraje.

El orgulloso ejército francés se ha retirado, pero no como lo hace un ejército moralizado y valiente. Nuestra caballería lo rodea. Su campamento es un cementerio, está apestando y se conoce por las sepulturas que muchos de sus heridos se les han muerto.

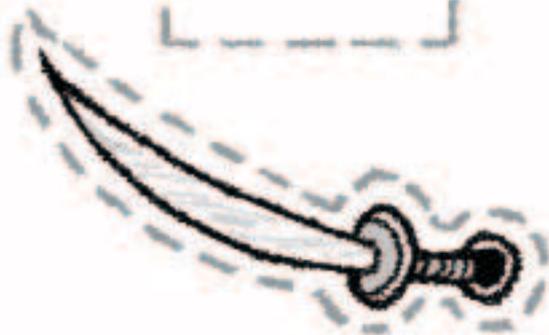
IGNACIO ZARAGOZA

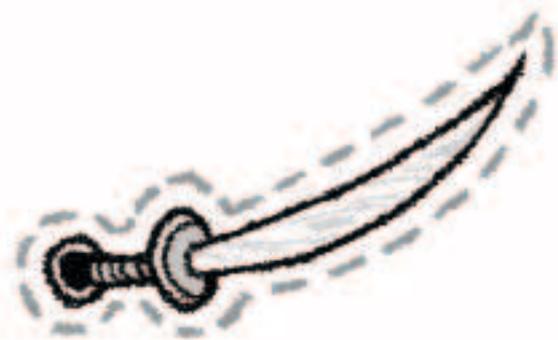
El triunfo del ejército mexicano fue total. El sueño de Nacho Anteojos se había cumplido: había derrotado al mejor ejército del mundo, en una batalla en la que se luchaba por la soberanía del país frente a los gobiernos extranjeros.

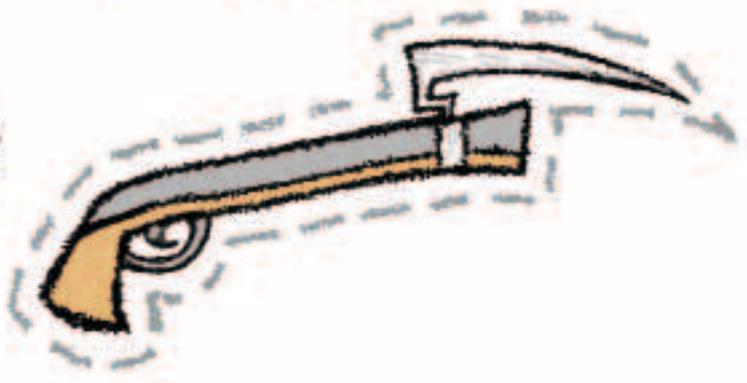
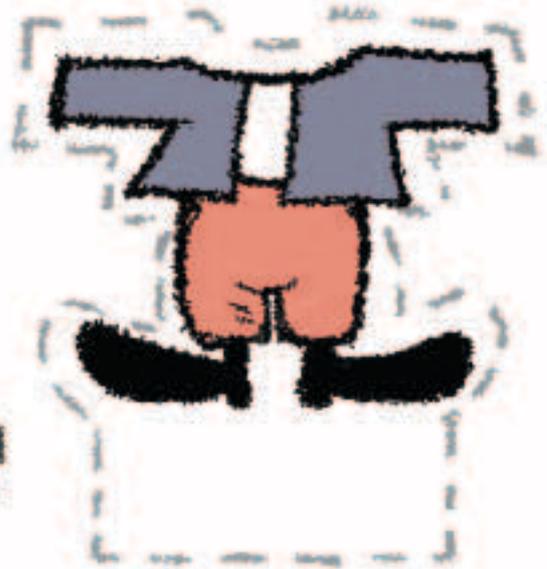
- Fuego, artilleros de Guadalupe! Al galope! Aquí Berriozábal! Pronto, a la izquierda!

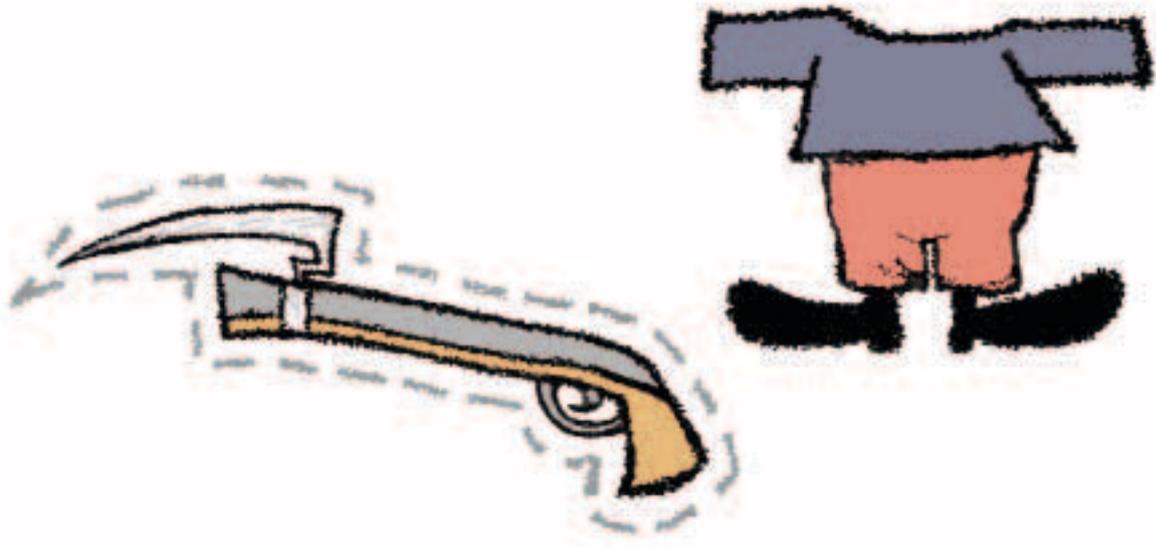


Recrea la batalla de Puebla: recorta a Nacho Antejos y al conde de Lorencez, vístelos y llévalos al campo de batalla.











Este libro se terminó de imprimir en el mes de septiembre de 2010 en los
talleres de Graphiserv, Aldama 220 Sur, Zona Centro.
San Nicolás de los Garza, Nuevo León.
El tiraje consta de 3000 ejemplares.
El cuidado de la edición estuvo a cargo del Fondo Editorial de Nuevo León.